
EL ATENEO

REVISTA QUINCENAL

LA CUESTIÓN SOCIAL

(Continuación.)

III

HABIENDO precisado en qué consiste la cuestión social, su origen y necesario término, fácil será unir estos extremos por la línea recta de la lógica, y salvas las desviaciones naturales de los hechos humanos é impurezas de la vida á través de cuyo medio la línea más recta y el principio más justo por la refracción parecen quebrados, no será difícil precisar aproximadamente el principal desarrollo de la cuestión. Sentado que la igualdad económica y social según las obras es su nexu, que solo puede plantearse y resolverse luego que totalmente lo sea la cuestión política ó jurídica, y aplicando el mismo principio de igual disfrute de las riquezas entre los hombres, según sus obras y deberes ó necesidades, puede decirse que la cuestión social está resuelta en el terreno especulativo como lo estuvo desde há muchos siglos la jurídica, ó, mejor dicho, lo están las tres, teológica, jurídica y social, que se unimisman en el principio de toda verdad.

Es todo cuestión de tiempo y de más ó menos vicisitudes, ó de llevar camino más ó menos directo para ir al fin que la razón y la fé, de consuno, como faro salvador, nos muestra. Bueno será, pues, prepararse para no andar á ciegas y desesperar cuan-

do quizá más próximos estén los tiempos de los grandes y consoladores acontecimientos.

Como la idea de Dios en las ciencias teológicas y la de ley en las ciencias jurídicas, es primordial en economía (y en ella filiarémos la cuestión social para mejor inteligencia), la idea de la producción y del consumo, que se pueden reducir, según lo antes dicho, á la de trabajo y ésta á la de deber, todos los que pueden enlazarse en la siguiente serie: Dios es el fin del hombre, y para llegar á él debe emplear como medios las cosas materiales que mediante su trabajo produce ó aprovecha. Hé aquí cómo la producción y el consumo se reducen al cumplimiento del deber que tiene el hombre de ir á Dios, pues para ello tiene las cosas que son objeto de su derecho ó medios para tan alto fin.

Equivaliendo, pues, el consumo al cumplimiento del deber, toda vez que puede definirse por la aplicación de los medios materiales á cubrir las debidas ó legítimas necesidades, y siendo la producción también la obtención de cosas útiles á las necesidades, fines ó deberes humanos; en suma, armonizándose las dos al parecer ideas antitéticas de los economistas, producción y consumo, en la superior jurídica del deber, á la par que se evidencia á posteriori la génesis de la cuestión social antes espuesta, acredita que solo por la regla del derecho se han de resolver las aparentes antinomias y conflictos que necesariamente en la vida motivan la producción y el consumo cuando aisladamente se consideran, sin que pueda jamás descubrirse la incógnita totalmente por reglas empíricas que generalmente terminan el problema eliminando uno de los términos.

Ahora bien; si el trabajo es á la producción lo que esta al consumo ó satisfacción de la necesidad, y todo esclavonado, medios para cumplir el deber ó llenar el fin del hombre, históricamente nos encontramos con dos elementos nuevos como dos nuevas incógnitas que demoran por el momento la resolución, dos ideas secundarias que origina la de producción, una que representa un medio de esta y suspensión del consumo, y otra que equivale á un modo de producir, y por ende, á una facilidad en el consumo, y son el capital y el cambio.

Aquel no es más que la producción acumulada que, ó sirve de fecundo multiplicador del trabajo, ó de previsor sostén para

consumirse á falta de la producción ordinaria, mientras esta se restablece; no siendo capital el haber amortizado, antes bien puede estimarse como la sangría de la producción, el incumplimiento del fin de esta, y, por tanto, del deber y fin del hombre; es el alma negra de la avaricia enterrada en el insaciable y elástico sudario de la conciencia del rico avariento. La riqueza acumulada será capital por su origen, pero no puede definirse como tal si no llena su fin.

El cambio se ha estimado también como cosa distinta de la producción y considerado como el nexu del problema cuando no es más que un modo de producir, esto es, de llevar, disponer y adecuar las cosas creadas á las necesidades humanas, dándoles condiciones de lugar, tiempo, modo, forma, etc., que puedan con más facilidad satisfacer los fines humanos; pero señala específicamente esta manera de producir la necesaria distinción entre los consumidores y productores sin romper la unidad esencial de fin, consociencias ambas de la naturaleza humana que dá á todos un mismo fin con diferentes medios, lo que establece la solidaridad y aumenta la sociabilidad del hombre.

De tomar el cambio no como un modo de producir sino como algo inefable é intangible entre la producción y el consumo, como la relación entre productores y consumidores, como vínculo regulado por la moneda, que bien se puede comparar al Rey que reina y no gobierna, por que fascina, y en vez de regular el cambio ó comercio, es objeto de sus veleidades, de este error disculpable en el hombre, puesto que escrito está que donde está su tesoro tiene su corazón que equivale á toda su alma, ha nacido la elevación de la necesidad á ley, que careciendo de ella exige más producción ó trabajo para satisfacerse, y el trabajo ó producción que pasando la meta de su fin es innecesario, de suave obligación, se convierte en amarga pena, y se ha formulado la ley llamada de la oferta y de la demanda tan poco discursiva que la conocen los menos avisados, tan hueca que se forma considerando únicamente los accidentes de tiempo y lugar de la producción, sin relación directa ni fundamento esencial derivado de la naturaleza de la producción y del consumo, y tan inútil que por ella ningún problema se ha resuelto, antes al contrario, ha servido para mantener todas las opiniones de

tal manera que con ella solo el *laissez faire laissez passer* es lógico, y á su sombra se crea la libertad más absoluta, mejor dicho, la tiranía más terrible que registra la historia, la del rico sobre el pobre, alentada por el interés más recalcitrante y defendida por una ciencia forjada por la mayor de las vulgaridades que la priva de todo conocimiento.

Con efecto, y bueno es insistir en esto, la tan decantada ley, si para algo sirve es para el corredor de comercio que refiriéndose á su mercado y á un día dado dice: hay oferta, pues el precio baja; hay pedido, pues el precio sube; pero no dice á nadie el motivo de aumentar la oferta ó el pedido, si este ó aquella son ó no ficticios; si continuará el aumento ó la baja y hasta qué punto; si deberá y podrá y con qué medios prevenirse el conflicto y si éste llega vencerlo; si podrá en alguna ocasión destruirse la producción ó algún veneno de ella; qué se hará para evitarlo; qué se hará, cuándo y por quién para fomentar la riqueza; si un elemento productor absorbe algún otro y qué se ha de hacer; si las necesidades son legítimas; si hay medios para satisfacerlas; en qué forma se podrá lograr mejor; si lo que dicen los economistas «distribución de riqueza» es conforme á la misma naturaleza de las cosas, y en fin, tantas y tantas cuestiones como se cierran en esta nueva caja de Pandora que se llama *cuestión social*. Y si esta ley, que como el termómetro no sirve más que para denunciar un hecho que todos sienten, pero sin la precisión de este instrumento, no puede salir de él ni relacionarlo directamente con la producción y el consumo y sí solo la oferta y pedido (cosa muy distinta) y aún no siempre, y menos no enseñando un mercado á otro más, que donde sube ó baja el precio, falta ó sobra, oferta y, por ende, que puede ó no concurrirse, el día no lejano de ser pocos los mercados y casi iguales las comunicaciones, ¿para qué sirve la ley? Para nada.

Prescindamos, pues, de ella, así como de la idea de cámbio, embebida en la de producción, y considerando al capital como engendro de la producción y génesis de ella, ó sea como la semilla de aquella, y con las ideas principales del problema, deduciremos fácilmente las conclusiones prácticas que en los principios sentados se contienen.

Se concluirá.

S. A.

¡PEDREJALES DE MI VIDA!

DE todo hay en la viña del Señor, y lugares de variada condición y aspecto se encuentran sobre la corteza de este mundo sublunar, que pasajéramente habitamos. Sin salir de nuestra graciosa Península, fácil es tropezar con pueblos feos y bonitos, abruptos y llanos, populosos y casi despoblados, llenos de vida y semimuertos, civilizados y bárbaros, etc. etc. Pero lo que es difícil, diré mejor, casi imposible, es descubrir un lugar mísero, infortunado, del cual no sean amantes hasta la exageración sus infortunados y míseros moradores.

¡Buenos hijos! exclamará alguno, y ¡Providencia sapientísima! digo yo. Porque ¿qué sería de tales madres si sus hijos tuviesen ojos para ver tanta deformidad? Providencialmente son pues, ciegos, y ciegos de la peor de las cegueras, que es la del entendimiento, los buenos hijos de madres sin ventura.

Los habitantes de capitales de primer orden, de buen grado reconocen la existencia en el mundo de poblaciones mejores que su ciudad natal; pero el vecino de un villorrio jamás dá á torcer su brazo, ni por odiosa admite nunca la comparación. Imaginad, pues, ahora que semejante natural tendencia se exagera hasta convertirla en verdadera monomanía y tendréis idea aproximada de la heroína de mi cuento.

Llamábase la tía Candinga y había tenido el honor altísimo y la envidiable suerte de nacer en Pedrejales, pueblo que forma parte integrante del universo mundo y hasta se asegura que está en el planeta terráqueo, no faltando quien sospecha, que se halla enclavado en los montes de cierta Serranía, situada indudablemente entre los polos Ártico y Antártico. Datos tan precisos bastan, y aún sobran para la exacta y minuciosa descripción del susodicho lugar.

El nombre es propio, pues el pobrecillo Pedrejales nació, vivió y está casi muriéndose entre piedras rodadizas y peñascos mondos y lirondos, altísimos, calvos, escuetos y cavernosos, que

á manera de verrugas terrestres rodéanle protectoramente por todas partes; y no contento con vecindad tan elevada, se encaramó sobre cierta protuberancia que ocupa el fondo de garganta profundísima. Tan sólido cimiento forma una especie de península, bañada por las ondas rumorosas y cristalinas de cierto río, que los árabes llamaron *blanco* en su idioma gutural y actualmente hace las delicias de los pacíficos pescadores del pueblo, no siendo imposible, sobre todo durante la canícula, tropezar en sus pintorescas orillas con alguna que otra náyade lugareña y en paños menores, á punto de zambullirse en el líquido elemento.

Vetusto, ruinoso y derrengado se levanta Pedrejales sobre la verruga dicha, agarrándose á los picos y quiebras de la roca, para no caer y ahogarse en el hondo río. Parece un lugar hecho á puñetazo limpio. Los edificios, todos ellos de color de ala de mosca, con muestras clarísimas, algunos de añcianidad venerable, apoyándose unos en otros formando grupos apiñados y hasta se incrustan en los peñascos como si dudasen de la serenidad de su cabeza y del vigor de sus piernas. Calles estrechas, torcidas, sucias, lóbregas, empedradas con morrillos desiguales y surcadas por acera única y central de arenisca roja, que desempeña á la vez el doble oficio de camino de herradura para las bestias y de cuneta por donde libremente circulan, á altas horas, las aguas perfumadas y menores, separan unas casas de otras, sin perjuicio del abrazo cariñoso que pretenden darse los aleros de los tejados. Tales accidentes del terreno, permiten llegar á pié llano á los de ciertas casas, mientras por el lado opuesto tienen tres y cuatro pisos, de donde resulta que, en algunas, las cuadras están sobre las habitaciones, y por ende, los animales ocupan más elevada posición que los racionales. Una sola fuente, de sucio aspecto y forma primitiva, hay dentro del lugar, cuya sed apaga gota á gota, pues sólo de tarde en tarde destila un chorrillo líquido que dá pena. Los alrededores todos de Pedrejales son áridos y pedregosos, sin que el viajero que desde la Sierra desciende á la garganta, pueda adivinar de qué vive un pueblo que ni es agrícola, ni comerciante, ni manufacturero. Pobres son, pues, sus moradores, pobremente visten, pobremente comen, y pobremente pasan muchas horas, en invierno,

tomando el sol (que por cierto se pone á las tres de la tarde), y el fresco en verano, cruzados de brazos y tendidos sobre los poyos de la plaza. Todas las semanas, ciertas familias pudientes dan limosna á los menesterosos del pueblo, que formando abigarrada fila de tipos y semblantes anémicos y murmurando de quien los socorre, esperan la hora del reparto junto á la puerta de la casa.

De la caridad pública vivía, pues, la tía Candinga nuestra heroína, que viuda desde muchos años atrás, educaba trabajosamente á su hijo único. Aquélla era golosa hasta el punto de morir por el chocolate; éste travieso é ingenioso hasta el extremo de que sabiendo sólo leer, escribir y cuentas (cosas que aprendió gratis en la escuela del lugar), so pretexto de no serla gravoso, dejó á su madre, montó sobre la cruz de sus calzones, y paso tras paso se presentó en Valencia, colocándose de mancebo, pocos días después, en un importante comercio de géneros coloniales del mercado.

El muchacho, que era honrado como montañés legítimo, agudo, con la agudeza que enseña la necesidad; trabajador, como suele serlo todo aquél que aspira á conquistar un capital; y que entre el gimnástico manejo de los sacos y el aroma de la canela, cacao, etc., se había insensiblemente convertido en robusto mozo, de sonrosado cutis y de ojos lánguidos, empezó por barrer la tienda y concluyó por casarse con la hija única del principal.

Buen hijo, tuvo entonces formal empeño de que su madre, la tía Candinga, se trasladase á Valencia. Costó mucho arrancarla de Pedrejales; pero se sobrepuso al fin el amor materno al amor á la tierra, y la tía Candinga ascendió repentinamente, desde pordiosera de lugar á señora respetada y atendida de uno de los mejores comercios de la plaza valenciana y de una de las casas más lujosas y cómodas de la ciudad. Al principio todo marchaba á las mil maravillas, pues las madres no se hartan fácilmente de abrazar á sus hijos, y no hay menesteroso tan sin sentido común que rechace la holgura y comodidades de una vida regalada y pacífica.

Sobre todo, doña Candinga (pues el don es inherente al din) no se veía nunca satisfecha de chocolate. Poco le importaba que

fuese caracas, guayaquil ó soconusco; podía tomarlo á todas horas, antes y después de las comidas, exterior é interiormente, y esto era lo esencial. Desayunábase con chocolate, lo tomaba algunos días para reparar las fuerzas hacia las once de la mañana, merendaba chocolate y se acostaba con la jícara de chocolate en la mano. Curaba todas sus dolencias con cataplasmas de chocolate, aplicadas, según los casos, á la frente, boca del estómago y riñones, y tan grande era su fé en esta panacea universal, que los achaques y dolores de la vejez huían en efecto como por ensalmo. Tanto abusó del chocolate, durante los primeros años de su estancia en Valencia, que el comerciante su hijo llegó á temer por la salud de su madre y tuvo que amonestarla cariñosamente.

Aquel mismo día empezó la tía Candinga á recordar con pena los peñascos de su lugar y á menospreciar, sin sentido común, lo mucho bueno y hermoso que Valencia contiene.

Se sentaban á la mesa y casi diariamente surgían diálogos como el siguiente:

—Madre, usted no prueba el agua.

—Hijo, esto no es agua, sino caldo: para buena agua Pedrejales.

—¿No tiene usted gana, madre?

—No, hijo. Como dice el dicho, en Valencia la carne es pescao, el pescao verdura, la verdura agua, los hombres mujeres y las mujeres nada. Para perniles ricos Pedrejales.

—De Pedrejales es, pues, el jamón que está usted comiendo.

—No puede ser: te lo habrán cambiado en el camino por algún pernil valenciano.

—Pero, madre, al menos coma usted postres: aquí tiene usted naranjas de Carcajente, melón de Foyos, uva de Gijona, limoncillos de Sagunto, fresas de Tabernes...

—Hijo, todo eso es basura en comparación de las peras de malacara y de las camuesas de Pedrejales.

Por este estilo continuaba la conversación, hasta que la tía Candinga se levantaba de la mesa y salía murmurando entre dientes:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

Por más que su hijo la hizo vestir de largo, y poner mantilla de blonda, merced á lo cual casi parecía señora, la tía Candinga

no pudo frecuentar el trato de gentes; y al principio acompañada y después sola, visitaba frecuentemente las iglesias, y no perdía función importante.

—Vamos, madre (decía el hijo, cuando la tía Candinga regresaba á casa), que culto más pomposo y tierno á la vez, funciones tan numerosas como solemnes, decorado de tanto gusto y música religiosa tan clásica, como en Valencia, no se ven en ninguna parte.

—Calla, hijo, calla; no digas herejías. ¿Acaso no recuerdas aquellas Misas mayores de tres en ringla, aquellos sermones de los Curas del contorno, aquel alzar á Dios y ofertorio al són del tamboril y de la gaita, aquel Rosario cantado por las calles y aquellas novenas y gozos de Pedrejales?

No había más remedio que callar, y la tía Candinga se retiraba suspirando y diciendo:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

Si salía en coche á paseo, se mareaba, decía pestes de los carros charolados y negros, y suspiraba por los cómodos y pacíficos asnos de su lugar. Si paseaba á pié, tenía que sentarse de cincuenta en cincuenta pasos, se aterrorizaba cada vez que oía el ruido de un carruaje corriendo á su lado, desdeñaba las flores y calles de árboles, acordándose de las selvas y matorrales de su lugar, y volvía á casa muerta de cansacio. No acostumbrada á trasnochar, en la ópera se dormía profundamente al arrullo de la música y al calorcillo del teatro. Su hijo sólo logró que atendiese á la representación del Nacimiento del Niño Dios, en el teatrillo de los Huérfanos de San Vicente, y aún allí puso peros á los pastorcillos y zagalas, comparándolos con los de carne y hueso de sus montañas.

Detestaba el clima de Valencia, porque con su dulzura, ni aún en el rigor del invierno, dá pretextos para buscar el abrigo de los carasoles y la charla incesante de las comadres, que en tales mentideros se congregan. La sola idea de embarcarse crispaba sus nervios, y al proponérselo contestaba muy formal, que no se había bañado en su vida, ni siquiera por limpieza. En fin, la pobre tía Candinga no encontraba en Valencia nada bueno, ni cómodo, ni agradable, ni bello. La nostalgia de Pedrejales se había apoderado de su ánimo, y en Pedrejales pensaba todo el día, con Pedrejales soñaba todas las noches, de Pedrejales hablaba á todas horas y en Pedrejales cifraba la infeliz todas sus

delicias. Hasta el abundante y rico chocolate de su hijo, se convirtió con el tiempo en corteza molida de pino, y los manjares de su mesa opípara en rejalgar de lo fino. La anciana sin ventura fué enflaqueciendo, enflaqueciendo hasta el punto de que ya no le quedaban fuerzas mas que para esconderse á llorar y á pronunciar entre dientes su sacramental frase, compendio de sus anhelos y suspiros:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

El comerciante llegó á temer por la vida de su anciana madre y decidió cortar aquella situación insostenible. Al efecto, compró en Pedrejales una casita de las menos malas del lugar; la amuebló decentemente; tomó una criada de años, que congeniase con su madre, y apenas se lo permitieron sus ocupaciones, emprendió con ésta el viaje á su pueblo natal. El solo anuncio del regreso á Pedrejales curó, como por ensalmo, á la tía Candinga; recobró el humor y el apetito, y se puso en marcha, sacudiendo antes el polvo valenciano de sus zapatos y sin volver atrás los ojos para despedirse del Miguelete.

Al llegar al pueblo, que precede á Pedrejales, hijo y madre encontraron una carretera, construída durante los años que permaneció en Valencia la tía Candinga. El primero se alegró mucho de poder subir á su lugar en carruaje; pero la segunda se negó rotundamente á meterse en el carrito del Ordinario, y hubo que proporcionarle un burro para que en él cabalgase y un muchacho para que le sirviera de espolique. El hijo marchó, pues, á Pedrejales por la carretera nueva y la madre por la antigua, senda de herradura, intransitable á la sazón tanto por lo quebrado del terreno como por falta de uso.

Durante el camino, tres ó cuatro veces estuvo la tía Candinga á punto de apearse de su asno por las orejas; pero el zagal volaba en su ayuda, enderezaba el aparejo, sacudía unos varazos al burro para que caminase con más prudencia y comediamento, y continuaban la marcha. Así llegaron á cierta cumbre, que dista una media hora de Pedrejales y desde donde ya se divisa el pueblo, montado sobre sus peñascos. Al verle se enterneció la tía Candinga y dió rienda suelta á sus lágrimas, que corrían hilo á hilo por sus mejillas; el burro se refociló también oliendo la proximidad de la cuadra, y levantando la cabeza,

abriendo las narices y enderezando el rabo, lanzó patriótico rebuzno y comenzó á bajar la cuesta corriendo y dando saltos y corcovos. A las primeras de cambio perdió el equilibrio la tía Candinga, dió un grito, corrió en su auxilio el espolique; pero llegó tarde, cuando ya la pobre mujer estaba en el suelo, lamentándose amargamente, sin poder moverse y con el femur roto.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el mozalbete para incorporarla. Después de mucho bregar con la recién-caída, que al parecer se moría por puntos, logrando únicamente el aumento de sus dolores intensísimos, montó el zagal en el burro y á galope tendido llegó á Pedrejales en busca de auxilios y socorro. El carrito del Ordinario entraba entonces en el pueblo y el imprevisor comerciante buscó dos mozos y una parihuela, volando dolorido al encuentro de su madre.

A las diez de la noche subía el triste convoy á Pedrejales por una de sus calles más lóbregas, estrechas y empinadas. La noche estaba obscura como boca de lobo y el alumbrado público de Pedrejales, reducido á tres faroles de aceite para todo el lugar, aumentaba la obscuridad en vez de disiparla. De repente se abrió la ventana de un segundo piso y sin decir *agua vá* (porque en efecto, no era agua, sino aguas, aunque menores), cayó un robusto chorro sobre la parihuela en que yacía casi exánime la tía Candinga. Se oyeron en la callejuela unos cuantos calificativos de esos que las verduleras se adjudican unas á otras cuando riñen, el portazo de una ventana que se cierra con estrépito y algunos pasos fuertes y lentos, como de gentes que, cargadas, se alejan poco á poco, y quedó todo lóbrego y silencioso según costumbre inveterada en Pedrejales, á tales horas de la noche.

Algunos días después falleció cristianamente la tía Candinga, y su hijo vendió la casa y cuanto en ella había por cuatro cuartos, y regresó á Valencia con el propósito decidido de no volver á poner los piés en el pueblo de su naturaleza.

No quiero concluir sin participaros, que según afirman los que la ayudaron á bien morir, las últimas palabras que en su agonía pronunció la tía Candinga, fueron éstas:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedrejales de mi vida!

MANUEL POLO PEYROLÓN.

AL SR. PRESIDENTE DEL ATENEO TUROLENSE

Albricias, querido amigo, y parabienes sinceros envíote por haberse publicado EL ATENEO, revista que yo utilísima, es más, necesaria creo, porque viene á ser, sin duda, desarrollo y complemento de los importantes fines que constituyen el *credo* de esa nuestra sociedad, de ese ya arraigado centro científico y literario, artístico y de recreo.

Complemento digo y no rectifico este concepto. Porque si son las sesiones y veladas el terreno do se cultivan las ciencias, las letras y el arte bello, do se siembran y recogen frutos del entendimiento, en medio de una labor que tiene de pasatiempo más que de duro trabajo, más que de penoso esfuerzo; es la revista, el periódico, el camino más derecho para exparcir la cosecha, evitando que se seque ó se pierda en el granero, y haciendo que llegue á todos cuantos la crean sustento digno de su inteligencia y conforme á sus deseos.

Bajo otro punto de vista conviene que EL ATENEO, revista, diga á las gentes todas lo que nuestro centro, el Ateneo, entidad, tiene por lema y objeto. contándolo con detalles que de otra manera, aun siendo los de mayor interés, no saldrían del tintero por falta de lugar propio en el que poder hacerlo.

La publicidad es hoy un factor, un elemento de iniciativa, de acción, de vida, de movimiento, que pone marcha en las cosas y la atención en acecho, que despierta muchas veces los dormidos sentimientos, que alienta las voluntades, que enardece los deseos, que reaviva las empresas, que realza los proyectos, llamando á concursos útiles inteligencias é ingenios, revelando unas y otros al romper moldes secretos en que no medran por falta de estímulo verdadero.

Pues bien, la publicación á que me estoy refiriendo, cumplirá con estos fines que son positivos, ciertos, y de trascendencia suma,

y de alcance valedero.
Por ella, aun los más extraños
sabrán, con sólo quererlo,
lo que nosotros pensamos,
lo que nosotros hacemos,
y verán que con afán
y entusiasmo no decrepitos
sino viriles, crecientes,
dedicamos por entero
nuestros trabajos al bien,
á la cultura y fomento
de Teruel y su provincia,
en todo cuanto podemos.

Y así quedaremos más
tranquilos y satisfechos,
y nuestra satisfacción

Albarracín, 23 de Agosto.

irá sin duda en aumento,
al ver crecer nuestras fuerzas,
recibir mayor afecto
y tener á la revista
de suscriptores un *lleno*;
con lo cual, sus relaciones
extenderá el Ateneo,
dejando escrito su nombre
en planchas de firme acero.

Abrigando la esperanza
de ver cuanto ido diciendo
confirmado por la práctica,
termino ya repitiendo
mis cordiales parabienes
á tí y á los compañeros.

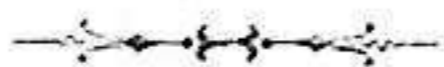
J. V.

C R O N I C A

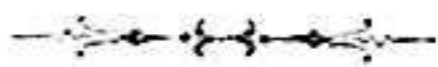
Aunque la época estival no es la más apropiada para los trabajos mentales y por tanto poco se puede adelantar, ni ocurren cosas notables que referir en la revista de la quincena, sí es preciso consignar que se vá llenando el horizonte de risueñas esperanzas y la vida de gratas realidades, y si aquellas no deben todavía contarse en la historia para no dificultar su natalicio ni desilusionar cuando se realicen, siempre como todo lo humano, sin el colorido con que se imaginaron; de éstas es mejor el sentir las y el vivirlas, valga la frase, que el narrarlas. De aquí las dificultades del cronista que ha de referir lo que *se está haciendo*, infiere, como decían los antiguos, ó el ser y no ser, como, á veces maliciosamente, se dice ahora, y que si no quiere omitir lo sucedido, no quiere tampoco decir lo que no se ha realizado cabalmente.

Basta de sinfonía para decir que las felicitaciones y adhesiones que el Ateneo recibe en cartas y publicaciones aumentan y animan á trabajar; que los ofrecimientos y trabajos de valía re-

mitidos, forman un buen caudal que seguramente acrecerán cuantos sean amigos cordiales del país, pues obras son amores se dice en Aragón, y así podrá mejorarse la revista en breve, fomentando por cuantos medios factibles se propongan la cultura del país; que están muy adelantados los preliminares para cumplir todo lo prometido en la última memoria leída en la apertura del nuevo local; que la lista de socios del Ateneo aumenta de día en día y la de suscriptores á la revista se va cubriendo aunque despacio, pero Zamora no se hizo en una hora y faltan muchos amigos de las letras y de este país que, como Santo Tomás, no acaban de creer en que por ensalmo ó providencialmente surja un oasis en el desierto de esta región azotada de continuo por la disgregada arena sólo reumida por el simón de la envidia que envuelve al confiado viandante y al que de buena fé en su blandura fía; que estos desconfiados, á fuer de reiteradamente contrariados, dejan de serlo cuando se acercan y tocan con sus manos las obras que por sí ó con ilustres cooperaciones realiza el Ateneo, y sienten el espíritu que les anima, pues el que duda de buena fé, estudia, juzga y se convence, y el que sistemáticamente rechaza, no obra de buena fé; y por último, que algunos entusiastas y con cargos en el Ateneo, como los señores Basail y Abad, han regresado, de sus escursiones aquel de San Sebastián y éste aprovechando el viage para recibir en brillantes ejercicios la borla de teólogo, y regresarán en breve los Sres. Villarroya, Crespo, Escriche y Sánchez, cuyo valioso concurso necesita el Ateneo, y cooperar aquel á la dirección de esta revista con el entusiasmo que demuestra felicitando al Ateneo en el romance dirigido al Sr. Presidente.

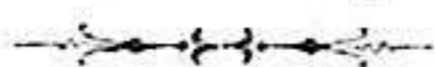


Afortunadamente para la enseñanza ha sido destinado don Marcos Pardos, catedrático escedente de latín por las reformas, á explicar la cátedra de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto provincial. Esta vez es uno mismo y bien servido el interés de la enseñanza y el del maestro que la dá, y ambos están de enhorabuena.



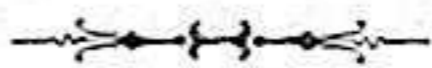
Entre los señores socios que después de publicada la lista del Ateneo en ella se han inscrito, figura el Ilmo. Sr. D. Manuel

Blasco, Presidente de esta Audiencia. El Ateneo le debe especial predilección por los servicios y atenciones dispensados, pero ahora al contarse dicho señor entre los socios después de conocer la historia y los levantados fines del Ateneo, le hace justicia, le honra con su valioso apoyo como hace protegiendo la fundación del Ateneo que en breve se instalará en Castellón, y demostrando su entusiasmo por la ilustración y la cultura.



El día 23, aniversario de la consagración del Ilmo. Sr. Doctor D. Maximiano Fernández del Rincón, Obispo de esta Diócesis, bendijo y abrió al público el oratorio que en el piso principal ha preparado aprovechando un hermoso local donde podrán tener cabida unas quinientas personas, que parece construido a propósito para el culto por el fundador del palacio episcopal, pues ni tiene edificación superior ni es preciso para llegar á él pasar por otras dependencias. Verdaderamente es un prodigio de habilidad el oratorio, pues si llama la atención en cuanto se entra en él un cuadro de la Presentación al Templo, de nuestro paisano D. Salvador Gisbert, delicadamente sentido y trabajado con interés y cuya luz y color son verdaderamente notables, y se admiran varios cuadros que ornamentan el recinto, sorprende el retablo del altar mayor propio y exactamente adecuado al cuadro coronado por el sagrado corazón y con las armas del Prelado en el delante altar, pero que no tiene un trozo nuevo, y se debe á una inteligente rebusca de columnas, capiteles, cañas y demás retazos inaprovechables en las parroquias, artísticamente combinados y completados, restaurados y tallado el corazón y escudo por nuestro compañero el Sr. Escriche, que lució además todas sus dotes artísticas cantando de tenor en la misa.

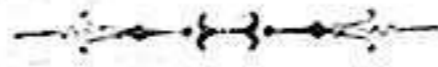
Después de las ceremonias de rúbrica y misa de pontifical á la que asistieron las autoridades y numeroso público y comulgando los operarios y artistas, obsequió el Prelado á unos con almuerzo, y á otros con chocolate y dulces. Grata fiesta donde tan bien se unieron el arte y el trabajo al amparo de la religión, del amor y de la caridad, será de innarcesible memoria.



El día 29, festividad de los Mártires, se celebró como de costumbre en la capital y dejó dos importantes notas para los amigos

del arte bello y de la verdadera cultura que es preciso apuntar, juntas, por que la cronología y el fondo moral del asunto así lo exige siquiera no sea objeto material ni las personas, pero en fin tanto se defiende la verdad afirmándola como negando su contrario.

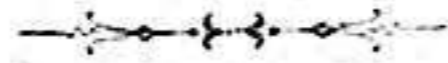
En la acostumbrada función de Iglesia, ofreció el ilustrísimo Sr. Obispo restaurar por todos los medios posibles el precioso ejemplar de arquitectura gótica que fué convento de San Francisco y que ahora está profanado religiosa y artísticamente. Y en la, no tan renombrada, pero sí lujosa corrida de novillos, se demostró que no es Teruel plantel de toreros, con lo que en verdad no se perderá mucho.



Se han recibido las siguientes publicaciones, con quienes queda establecido el cambio: *El Pilar*, Zaragoza; *El Ebro* (colección completa), id.; *El Aragonés*, id.; *El Diablo Cojuelo* (colección completa), id.; *Centro industrial de Cataluña*, Barcelona; *Revista del Ateneo Obrero* (colección completa), id.; *El Monitor de primera enseñanza*, id.; *Los Negocios*, id.; *Boletín del Círculo de la Juventud Mercantil*, id.; *Boletín de la Juventud Católica*, Valencia; *Eco del Guadalope*, Alcañiz; *La Lealtad*, id.; *La Concordia*, Ateca; *Gaceta Ibérica*, Tortosa; *Auxiliar del Púlpito* (colección del año 1892), Huesca; *El Ateneo Tarracónense*, Tarragona; *Revista del Ateneo*, Villanueva y Geltrú; *Revista de la Biblioteca Museo Balaguer*, id.; *El Sinapismo*, Lillo; *La Luz*, Madrid; *El Eco*, Teruel; *La Unión*, id.; *El Autónomo*, Vilaseca; *El Liberal*, Denia; *La España Artística*, Madrid; *La Ley*, id.; *El Testigo fiel*, id.; *Boletín de Obras públicas*, id.; *El Cartero*, id.; *Clamor del Magisterio*, Barcelona; *Boletín de las Cámaras de comercio*, Madrid; *El Ateneo Obrero*, Badalona.



Ofrece estar muy concurrida la fiesta á la Virgen del Treme-dal á quien tanto culto se rinde en Orihuela, sintiendo que por mucho esceso de original no se puedan dar más detalles.



Interesa mucho á nuestros abonados ver el anuncio «Banco Cerroloza y Compañía» que vá en la segunda página.